

nariz muy abiertas y la cabeza echada hacia atrás; gritaba la pobrecita con voz ronca y llena de angustia, *me hogo, me hogo*; Amalia, con la consternación pintada en el hermoso semblante, procuraba calmar á su desgraciada hermanita; vertía cristalinas lágrimas, que caían sobre la amoratada faz de la criatura.

—Se muere, señor, sálvela usted, — exclamó Amalia al ver entrar á Pacotillas.

Este, dominando sus emociones, se acercó á la enfermita, la examinó con bastante pericia, tomando los informes que eran del caso. La niña estaba acatarrada desde hacía cinco días, hacía dos empezó á toser y se puso ronca; pero no estaba postrada ni triste, pues jugaba como de costumbre y comía regular; esa noche se había acostado á las ocho y se había quedado dormida hasta haría como un cuarto de hora, en que despertó, lanzando gemidos desgarradores, se sentó bruscamente en la cama, se asió de la cabecera con sus manecitas y se puso en el estado en que la veía Pacotillas.

Con tales datos, y con el correcto examen que de la niña hizo el futuro doctor, no le fué difícil formarse juicio de la enfermedad y aconsejar lo que convenía. No se trataba del *croup*, el verdugo de los niños, el espanto de las madres y la consternación de las casas; tratábase simplemente de lo que los libros llaman *falso croup* ó *laringitis estridulosa*.

—No se aflija usted, señora, — dijo, dirigiéndose á la atribulada madre; — se nos salvará, pero proporcióneme usted agua bien caliente, una esponja grande y recado de escribir.

La señora se apresuró á satisfacer aquellos pedidos. Paco recetó una poción sudorífica y antiespasmódica, y, cuando le hubieron traído el agua y la esponja, sumergió ésta en aquélla, esprimiéndola luego, y la aplicó al cuello de la enfermita; entretanto la señora bajó al cuarto de la casera á buscar quien le comprara la receta del que, en aquel momento, era para ella la imagen viva de la Providencia.

La niña sudó muchísimo, los accesos de sofocación fueron calmándose poco á poco; á la media hora dormía profundamente, y la calma sucedía en los corazones de Amalia y su mamá á la angustiosa tempestad que los había agitado. Paco explicó lo que habían de hacer con la niña al siguiente día y se despidió, encargando que le avisaran á la hora que fuera, si la niña volvía á ponerse mala.

—Tome usted, señor, — dijo doña Isabel ofreciendo á Paco dos duros, que representaban para ella el trabajo de una semana.

—Señora, — dijo éste, — no siendo médico, no tengo derecho á cobrar honorarios; y aun cuando lo fuera, no los cobraría en esta vez, pues lo que he hecho es de obligación entre buenos vecinos.

—En tal caso, señor, reciba usted los sinceros agradecimientos de una madre á quien ha salvado de la mayor tribulación, y cuente con nuestra inútil amistad.

Paco, entre turbado y alegre, estrechó cordialmente la mano de doña Isabel, con faz casi ruborosa, y con mirada á la vez admiradora y tímida, se inclinó ante Amalia y volvió á su cuarto. El calaverón de Patillitas no se recogía aún.

Desde aquella noche memorable, Pacotillas fué considerado por sus vecinas, no sólo como un amigo íntimo, sino como un miembro de la familia; las visitaba á menudo, tratándolas con encantadora familiaridad, que llegó hasta el grado de que Amalia y él se hablaran de tú. La señora le quería mucho. Amalia, sin darse cuenta de ello, le amaba; en cuanto á él, su amor por la joven rayaba ya en idolatría; mas no se crea que se hubiese declarado, ni lo pensaba; su manejo con las vecinas limitábase en todo al de un amigo íntimo, cariñoso y solícito.

Pasaron algunos meses y la desventura volvió á pesar sobre aquella casa infeliz y á enlutar aquellos corazones tiernos. La interesante Angelita se enfermó otra vez, y entonces sí de verdadero *croup*. Inútil fué cuanta eficacia desplegó Francisco, inútil que se asociasen á él dos médicos distinguidos, nada se consiguió y sucumbió la inocente víctima.

Tan funesto acontecimiento estrechó más aún los vínculos que unían al joven con aquella familia, sobre la cual no tardó mucho el destino en descargar el último y más terrible golpe. Doña Isabel sucumbió á una grave y violenta enfermedad, contra la cual se estrellaron el pobre saber de Pacotillas y la muy rica ciencia de los distinguidos médicos que le ayudaron.

La infeliz Amalia quedó sola en el mundo. ¿Sola? No, su corazón le decía que quedaba bajo el amparo de aquel noble joven, que había sido el generoso bienhechor de la familia en los trances más angustiosos; el que la había ayudado á velar á su madre moribunda; el que, mez-

clando sus lágrimas á las suyas, había llorado sobre la faz de su madre muerta. Aunque aquel joven no estaba ligado con ella por ninguno de los vínculos que tienen en la sociedad nombre definido, pues ni aun su novio era, Amalia comprendió que era su único apoyo, y que había de sostenerse en él, como en el fuerte muro la débil hiedra.

Paco se manejó con ella con la mayor delicadeza: esforzaba su ingenio para que no advirtiera Amalia que él atendía á sus necesidades. Pasado el tiempo que él juzgó oportuno, se creyó en el caso de definir aquella situación anómala, y un día dijo á Amalia con entonación solemne:

—El infortunio te ha unido á mí. Desde que te ví me inspiraste un afecto que no he sentido por nadie, y que no sé cómo llamar. Cuando te conocí era yo un huérfano desdichadísimo, mi corazón rebosaba dolor y mi alma estaba cubierta de luto. ¡Perdóneme la santa memoria de mi padre! Bastó verte para que mi duelo cesara; desde que frecuenté tu casa, y desde que la que ya no existe y tú me trataron como de la familia, me he considerado muy feliz; hoy, no sólo eres tú para mí lo que más quiero, sino lo único que de veras quiero; tú llenas mi vida, tú pueblas mi soledad; no sé qué nombre dar al afecto que me inspiras. Si el amor, de que se habla tanto, es así, yo lo siento y lo pongo á tus pies: ¿aceptas?

La infeliz niña no supo qué contestar, llena de turbación balbuceó palabras que el joven no pudo entender, cubrió con ambas manos el hermoso rostro y se puso á llorar amargamente.

—No llores,—le dijo Francisco sumamente conmovi-

do, y próximo á llorar él también,—es verdad que has sido muy infortunada; pero aquí estoy yo para enjugar tus lágrimas y para consolarte, y si me quieres, tal vez tendré la ventura de hacerte feliz.

Amalia nada contestó, dejó por un momento de llorar, enjugó sus ojos, dirigió á Francisco una mirada dulce, y por más que se esforzó en contenerlas, volvieron sus lágrimas á derramarse.

—Consuélate, Amalia querida. Se me figura, y no lo tomes á jactancia, que si no me quieres tanto como yo á tí, me quieres algo; y que así como tú eres para mí todo, yo soy alguna cosa para tí: ¿me engaño?

—No,—contestó Amalia con voz apenas perceptible, llena de rubor y ocultando el rostro entre sus manos.

—¿Quieres casarte conmigo?—dijo el estudiante con voz temblorosa y asombrado de su audacia.

Nada contestó la niña á tan franca é inesperada pregunta, ni siquiera se atrevió á descubrir el rostro. Pacotillas pudo notar que el rubor tiñó de viva grana las mejillas de la joven.

—No te mortifique lo que te digo, yo no tengo más que á tí en el mundo, y seré muy feliz uniéndome contigo para siempre; tú por desgracia estás tan sola como yo. ¡Ah! Somos demasiado libres, somos más dueños de nosotros de lo que quisiéramos, y tal vez más de lo que nos convendría. Conque ya ves, tienes que resolver por tí misma, ¡pobrecita! no tienes quien te consuele, ni quien te aconseje.

Vivos sollozos de Amalia contestaron á la inoportuna reflexión de su enamorado.

—¡Qué necio soy!—dijo éste,—te aflijo cuando quiero consolarte, y te hiero más al tratar de curar tus heridas. Olvida un momento tus dolores, acalla tu pena, y decide tu suerte y la mía. ¿Nos casamos inmediatamente, ó esperamos á que yo concluya mi carrera? ¿Qué hacemos? ¡Por piedad, dímelo!

—Lo que quieras,—contestó Amalia con voz apenas perceptible.

—Entonces, ¿me amas?—dijo Paco lleno de ansiedad.

—Sí,—dijo la niña, descubriendo el rostro, y dirigiendo al joven una mirada llena de ternura.

—¿Y qué tanto?

—Cuanto quería á mi madre.

Desde ese día el estudiante se creyó dichosísimo, y se puso á reflexionar en la conducta que debería seguir. Lo que primero resolvió fué casarse inmediatamente con Amalia, pero otras consideraciones le hicieron aplazar tan lisonjero propósito. Eran muy mezquinos sus recursos: hacía dos meses había ganado por oposición una plaza de practicante, retribuida con doce pesos mensuales; en un colegio particular desempeñaba una cátedra por ocho pesos cada mes, total veinte pesos; con tan exigua renta le parecía humillante y ridículo aceptar la responsabilidad de esposo y padre de familia.

Le aterraban las burlas que estaba cierto le harían sus compañeros. «¡Cómo, iban á decir, Pacotillas, el aburrido, el retraído, el serio, el escrupuloso, el misógino, casado ya con una joven lindísima, sin tener con qué mantenerla, y faltándole para recibirse tres años interminables!» ¡Cuánto no le ridiculizarían, qué *chuela* le

verían! Y cómo soportaría él tales burletas, cuando le darían ímpetus de hacer pedazos al que tomara á su Amalia por tema de la más inofensiva broma.

Tanto pesaron en su ánimo estas razones que juzgó desatino casarse por entonces, y resolvió aplazar, para cuando acabase su carrera, acto de tal transcendencia. Creyó el incauto y sencillo joven que al grande amor de los dos bastaría con miradas tiernas, con fugaces conversaciones, con mudas entrevistas. Desconocía el gran peligro de la ocasión siempre propicia, de la tentación siempre presente, del amor siempre vigilante y siempre sediento de posesión, siempre ansioso de traspasar los límites, y enardecido, antes que enfrenado, por las cortapisas.

Parecióle al inexperto enamorado que la insaciable bestia de la pasión iba á quedar satisfecha con alimento imaginario, parecióle que iba á conformarse con expresar por escrito á la mujer soñada, á la mujer deseada, á la mujer espiritualmente poseída, el devorante afán. Fué en esa época cuando ocupaba sus noches en escribir á su Amalia lo que no osaba decirle, á su Amalia que estaba allí, á dos pasos de él, pensando en él, abrasada por el mismo fuego, y separada sólo por voluntarias é ilusorias barreras. Entonces fué cuando le escribió aquellos billetes, con que hemos visto á la niña entretener sus horas de espera y soledad.

No duraron mucho tiempo así. Sometidos al influjo avasallador de una pasión inmensa, fortalecida por el infortunio y por la soledad; expuestos hora por hora á las ocasiones irresistiblemente tentadoras de su aislamiento y de su vida casi común, sin nadie que los cui-

dara, sin ningún respeto humano que refrenase sus apasionados transportes, sin ningún testigo incómodo que los contuviera, cedieron al ciego y fatal impulso de su amor, confundieron sus destinos, enlazaron sus brazos y sellaron su unión, el día que menos pensaban, y á la hora en que menos se lo hubieran figurado.

La amarga realidad, la brutal lógica de los sucesos, no tardó en hacerles palpar los acerbos resultados de su arrebató irreflexivo. Comenzó por mortificarles el recuerdo de tan imprevista como no deseada falta; habían dado forma real á lo que, por mucho tiempo, debió ser ilusión halagüeña y grata esperanza. La joven se sintió avergonzada y el estudiante contrariado; de todos modos había venido á ser jefe de familia, pues su recta conciencia le hacía considerar á Amalia como verdadera esposa, importando poco á su carácter despreocupado que faltara tal ó cual ceremonia, que, por solemne que hubiera sido, no habría aumentado ni la grandeza del afecto ni la indisolubilidad del vínculo.

¡Cuánto desesperaba á Pacotillas pensar, que por tortuosa vía se había creado una situación tan difícil como si se hubiera casado con Amalia, y mucho peor, pues había mancillado la pureza de aquella niña, puesta bajo la salvaguardia del honor del joven por el infortunio y por la muerte; había violado el sagrado depósito, había dado motivo para que se avergonzara y pasara por impura aquella niña sencilla é inocente!

Por eso se sentía lleno de impaciencia, por eso le desesperaba la lentitud con que adelantaba en su carrera, y sentía vivos deseos de abandonarla y buscar una ocupa-

ción lucrativa que le proporcionase recursos, apartando así de ella todo motivo de vergüenza y de él todo indicio de deslealtad.

Para distraerse y acallar tan penosas reflexiones holgó con sus amigos como lo hemos visto, se expresó de la extraña manera que lo hemos oído, y fué después á buscar la paz y el halago junto á la hermosa compañera, que era, al mismo tiempo, el manantial de sus venturas y la causa inocente de sus preocupaciones é inquietudes.

CAPÍTULO VII

Dolce far niente

Pacotillas no estaba ese día de humor de levantarse. Su temperamento nervioso, su afición al café fuerte, su propensión á trabajar de noche, producíanle frecuentes insomnios; era rarísimo que lograra cobrar el sueño antes de media noche, y no muy raro que le amaneciera sin haber pegado los ojos. En tales ocasiones desquitábase, pasándose gran parte de la mañana, ya durmiendo, ya dormitando, ya simplemente yaciendo entre las sábanas en perezosa actitud.

Esa mañana fué una de tantas en que el insomne estudiante no quiso dejar las ociosas plumas. Habían dado ya las nueve, la pieza estaba inundada de luz, y Pacotillas, después de bostezar, abriendo enormemente las mandíbulas; después de desperezarse, tendiendo desmesuradamente los brazos, apoyó una de las almohadas en

la cabecera del catre, se reclinó en ella, cogió un cigarro de los que al alcance de su mano tenía, sobre el buró, y, encendiéndolo, comenzó á fumarlo; en seguida tomó un libro que sobre el mismo buró había, leyó largo rato, y después, sin quitar la vista de las páginas, gritó:

— ¡Amalia!

— ¡Flojo! ¡hasta que despertaste! — dijo, entrando precipitadamente, con tono lleno de jovialidad, la hermosa muchacha.

— Si ya hace más de media hora que desperté; he repasado toda la lección de esta tarde.

— ¿Ya quiere su desayuno mi perezoso? — dijo Amalia, con mimosa entonación, acercándose al lecho, y arreglando con una de sus blanquísimas manos la alborotada cabellera de su compañero.

— Cuando guste, mi reina, — exclamó el flojo aquel, dejándose acariciar y acabando la frase con un bostezo.

Amalia salió apresuradamente, y mientras volvía, el joven encendió otro cigarro y reanudó su lectura.

La recámara en que el estudiante se desperezaba tan á su gusto, ofrecía un aspecto muy distinto del tugurio miserable en que conocimos á la hermosa pareja. No diremos que fuera una alcoba suntuosa, pero á lo menos era una pieza limpia, risueña, llena de luz, provista de los indispensables muebles y bastante cómoda, sobre todo para los que acababan de dejar la sórdida vivienda de la calle de Juan Carbonero.

La suerte había tenido para Pacotillas una sonrisa fugaz, y tanto más placentera para él, cuanto que le había perseguido mucho tiempo con su adusto ceño.